

ble, el pensamiento se desvanece en angustia, preocupación o nada.

Este tratado retrospectivo del hombre pone la existencia en el principio de los tiempos y la hace culminar en ese mismo instante de eternidad, en tanto que nosotros los hombres ejecutamos números de entretenimiento y diversión para cubrir la pausa del espectáculo.

La desesperanza y la voluntad de aniquilamiento que animan este pensamiento nos pone en la alternativa de escoger entre la necesidad del error y aun la maldad que encierra el futuro, la historia por hacer, pero que guarda una promesa de redención; y esta reconquista del pasado sobre nosotros.

Vivir es término, pero también principio, caída y ascenso, un desequilibrio en tránsito sobre una esperanza. El hombre no está consigo mismo en soledad. Cada quien arriesga su suerte en la de todos comprometiendo su propio destino en los azares de una lucha, en que la victoria estará hecha de la misma luz que la fe y el corazón de los combatientes.

CUADERNOS AMERICANOS. No. 6. Año III.  
México, D. F., noviembre-diciembre de 1944.

## APUNTES SOBRE RAMON LOPEZ VELARDE

Ramón López Velarde no es un poeta que se haya ganado fáciles y numerosos admiradores. Cuesta trabajo alcanzar el nivel emotivo a cuya altura se dejan ver y se escuchan, visiones y palabras de su dramática poesía. Pero una vez que se ha llegado al interior de su mundo poético, mayores fuerzas se necesitan para despedirse y abandonarlo que el trabajo gastado en entrar por el complicado laberinto.

Otro hecho evidente es que su poesía no deja acceso sino por las secretas e íntimas reacciones de la sensibilidad mexicana. Así se explica que fuera de México nuestro poeta alcance muy limitada adhesión. Aún dentro de nuestro país, se impone sólo a quienes han sometido el tacto y la percepción visual, largamente, a nuestro clima físico e histórico.

La correspondencia entre la sensibilidad vital de un temperamento tan mexicano, como el de López Velarde y los extremos de su poesía, sigue estando, a pesar de reiterados intentos para esclarecerla, por lo menos en la penumbra de un vago misterio, si no es que en las profundas oscuridades de la incompreensión.

Se han ensayado varias fórmulas de interpretación de López Velarde. A casi todas ellas les pertenece en común buscar la nota más significativa del poeta en una oposición de caracteres vitales, en un conflicto entre intenciones opuestas: provinciano y nacionalista, religioso y erótico, católico y pagano, más otras por el estilo.

Esta insistencia en señalar una lucha, un duelo de virtudes como raíz vital de su esencia poética, contiene una leve sospecha del drama y de la pasión en que coinciden la poesía de aquél y la verdad de México.

Otros poetas podrán tener una obra más cabal, amplia y diversa pero en ninguno de los nuestros se halla mayor acento dramático. No seguramente en el conteni-



do del poema o en la selección de los temas, sino exclusivamente en el desarrollo interior de la sensibilidad y de la pasión que les presta su vida. Seguir a López Velarde es emprender un camino estrechamente ceñido, con desviaciones bruscas e imprevistas y, casi siempre, acompañados por el riesgo de despeñarnos en secretos abismos.

Así como hay itinerarios poéticos en que las cualidades del mundo, la disposición de las cosas y los matices emotivos responden a una acción deliberada, a una creación atenta y consciente, otros caminos de la poesía nos ponen en presencia de una pasión que se inmola al mundo, se encarna y resucita en las cosas, sin añadirles el color o la medida de los estados sentimentales.

Se puede explicar lo anterior con la existencia de dos estilos poéticos, que son maneras de acción y de pasión humanas. Existe una poesía decorativa que llena el mundo con obras ornamentales, con palabras acomodadas plásticamente a los moldes de una melodía interior, de una música íntima del alma.

El otro modo es aquel en que se sacrifica y suprime la acción poética como obra, artesanía musical o plástica, para sentirla como pasión del hombre en el pulso vital de cada cosa, anhelo del mundo que quiere dejar de ser para transformarse en voz, palabra, ala o espíritu.

Crear o inventar nuevos entes que aún por ser hijos de la imaginación repiten la condición de las cosas; o asistir y dar testimonio de los anhelos del alma que está dormida en el mundo y soñar con ella sus sueños.

A este último género pertenece la poesía de López Velarde.

“En mi vida feliz no hubo cosa de cristal, terracota o madera, que abrazada por mí no tuviera movimientos humanos de esposa”.

No es la acción del verbo que imita o simula de nuevo la creación del mundo. Es la pasión del cuerpo y de la carne que quieren transformarse en verbo, en espíritu.

“Todo me pide sangre: la mujer y la estrella”.

Si le damos un nombre le llamamos drama poético. En López Velarde este drama tiene su motor de impulsión en la roja y ciega entraña cordial. Es la mitra y la válvula por donde circula la sangre devota del poeta. Trémulo oleaje que tiene un movimiento alterno de éxtasis y comunicación con las cosas, más luego un regreso de soledad, de zozobra y de muerte.

“Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Yo lo sacara al día, como lengua de fuego  
que se saca de un ínfimo purgatorio a la luz;  
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego,  
y me hundo en la ternura remordida de un padre  
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego”.

Para decir en otro verso:

“Me parece que por amar tanto  
voy bebiendo una copa de espanto”.

Es un estruendo y un sordo rumor de sangre que circula por las venas del mundo; llega al ciego corazón, donde es empujada por el instinto y rebota de nuevo con un eco de la angustia, de la infinita zozobra de estar solo, solo con la muerte.

En el momento de la marea alta el instinto, la sangre devota, saca de las profundidades los restos del naufragio, a la orilla de la piel, la ribera del tacto. Son cosas maltrechas, fragmentos de realidad, pedazos de ser que apenas se descubren en unos cuantos perfiles intactos.

No hay un paisaje completo, una realidad acabada, sino siempre un mundo despedazado, dentro de un mar muerto donde “lloviznan gotas de silencio”. Una poesía



así, de esta calidad apasionada y sangrante es una dolorosa agonía en la cruz.

Es fácil reconocer físicamente el paisaje poético de López Velarde: la provincia mexicana. Sino que a pesar de la insistencia del tema y de la reiterada señal que la crítica ha puesto en esta nota, es una circunstancia accidental y superflua de su obra. En cambio está más profundamente metida en las honduras de su esencia poética, la condición del tiempo y de la hora mexicana que le tocó vivir.

López Velarde se encuentra justamente en ese tránsito de nuestra sensibilidad nacional que todavía no acaba de apurarse enteramente. Está a la mitad y perdido en el camino entre el pasado que fué y el futuro aún impreciso y temible, que por poco le hace quedarse sin mensaje poético, zozobante y trémulo.

El estrépito y el sordo rumor de choques, de catástrofes y de oleajes subterráneos que nos vienen de nuestra historia, tienen su equivalente poético en este mundo destruído, medio deshecho o hecho a medias de sus cosas poéticas perfiladas con adjetivos, a relámpagos breves o intensos de pasión.

“¿Oyes el diapasón del corazón?  
Oyes en su nota múltiple el  
estrépito de los que fueron y de los que son”

El desorden y la confusión del minuto revolucionario impone a sus contemporáneos una lógica y un imperio de mudos apetitos. Pero, es López Velarde el más lúcido de los intuitivos de su época, el más fiel amante de lo que ha de consumarse en el tiempo, las bodas del espíritu y la vida.

El, entre tantos, tiene conciencia de su extravío y de la irreparable esterilidad de un afán que se filtra por los poros de los sentidos. Si su palabra no se hace profecía, rechaza sin embargo toda complicidad con los

atractivos del pasado simbólicamente representados en el paisaje de la provincia.

Siente la tentación de refugiarse en su infancia, entre las cosas de su pueblo, al calor de rincones poéticos y el recuerdo de los amores furtivos de su juventud. Pero este pequeño mundo de la provincia es un montón de ruinas sentimentales incapaz de retener el amor del hijo que regresa. Prefiere volver a su camino de redención, a su afán de romper las cárceles de la sangre:

“Mejor será no regresar al pueblo”

Dice, en “Retorno Maléfico” y ahí mismo define su fe de agonizante, con aquello:

“Mi sed de amar será como una argolla  
empotrada en la loza de una tumba.”

La provincia, en la poesía de López Velarde, acaba de morir. Mejor, ha muerto mientras él mismo agoniza. Y con este presentimiento, su mensaje poético le vuelve la espalda. No es la patria perdida o el hogar del hijo pródigo. Mejor que desandar el camino en un retorno maléfico, decide mantenerse fiel a sí mismo, como lo aconseja a la “Suave Patria”: apurar su destino para redimir definitivamente el pasado de la sangre y sacar el corazón al día.

Con estos elementos puede resolverse en parte la cuestión relativa a la correspondencia entre la sensibilidad mexicana y la poesía de López Velarde. En parte, únicamente, sólo que la mejor de ella, porque habría que citar además el sentido de discreción, la timidez orgullosa y el temor a incurrir en el ridículo que define por igual a una y otra. Pero, sobre éstas notas de contorno se alza dominante, presidiendo a todas ellas con un íntimo imperio, la voluntad de entregarse a la tarea redentora de dar voz y espíritu a las cosas mexicanas.

Tenía valor y le sobró ánimo a López Velarde para tomar la poesía por éste camino de expiación, donde fué



marcando su paso —“el camino rubí”— con un rastro de definiciones poéticas. Y no es por azar que la porción más viva de su obra pueda resumirse en una colección de esencias, de conceptos, donde intentó recoger el paisaje de México que llevaba muy dentro de sí mismo. Ni que estas definiciones, en que resumió su historia y nuestra vida, hayan de sobrevivir a los acordes que se suman a las notas fundamentales de su obra.

Cuando la experiencia poética sobreviene al hombre como una pasión o padecimiento, la voz se traduce en la acción de inventar nombres, definir por medio de adjetivos o sustantivar los verbos. Lo que ocurre en la poesía de López Velarde donde la acción humana y la calidad de las cosas se utilizan por verter el más recóndito sentido de los seres en el vaso translúcido de los sustantivos poéticos.

Obra a medias nos puede parecer una poesía que se queda estática en las cosas y deja sin voz al hombre. A medias, que no es imperfección sino tránsito, paso a otro movimiento. López Velarde es un signo, una señal que habrá de servir de punto de partida para la voz poética que ponga en acción las reservas espirituales más hondas del hombre americano. Y ésta condición que tiene su mensaje poético, de anunciamiento y tránsito, a la cual sirvió con extremada lealtad, es la secreta y más íntima virtud que le hace estar vivo y presente para siempre

ARMAS Y LETRAS. No. 4. Año I.  
Monterrey, N. L., abril de 1944.

## MODERNIDAD DEL CINE

La fecha del nacimiento del cinematógrafo y su propia naturaleza de máquina, han oscurecido una multitud de problemas estéticos y sociales que irradian de su presencia en la vida contemporánea. Uno de ellos es el relativo a su modernidad.

Es moderno y pertenece a la época el aparato de proyección y la técnica de elaboración del “film”: composición material de la película y rodaje en los “estudios”; la organización del espectáculo y los procesos económicos más o menos complejos por donde se desliza. Pero no vale lo mismo para todas y cada una de sus producciones; hay ahí un muestrario de estética de todos los matices: desde ciertos niveles arqueológicos hasta líneas ultramodernas en las cuales se insertan modelos de máquinas, estampas románticas, gestos de compostura clásica; una espesa vegetación de todos los climas y de todos los tiempos en torno a la imagen idéntica del hombre, antes cazador de renos y ahora jugador de foot ball.

Si nos atenemos a esa cantidad de novedad que pudiera encontrarse en la figuración o serie de formas por las cuales se expresa el “film”, o recurrimos a las tramas y argumentos de las obras, la pretendida modernidad del cine desaparece y hasta podríamos hablar, por el contrario, de anacronismos y particularmente de la gran inmutabilidad de la naturaleza humana que todavía se recrea con iguales motivos, contemplados desde el mismo nivel estético del que trazó las escenas de la Cueva de Altamira o los rizos de piedra de la Diosa Coatlicue.

Recordemos ahora a Valéry: “Un hombre moderno” vive familiarmente con una cantidad de contrarios establecidos en la penumbra de su pensamiento”. ¿Dónde radica, por tanto, la modernidad del cine? No ha de ser, por cierto, en esa mescolanza de problemas viejísimos ilustrados con atardeceres románticos y motores de aviación. Esto es el resultado, o el síntoma de su moderni-